

miraba, se atusaba la barba y gesticulaba con la languidez propia de un enamorado. Durante algún tiempo se dedicó al comercio y había estado en Italia, en España, en Londres y en París, y regresado al fin á Marruecos con ideas y costumbres europeas. Bebía vino, fumaba cigarrillos, usaba pantalón, leía novelas y refería sus aventuras amorosas. El motivo principal que lo llevaba á Fez era la realización de un crédito que tenía contra el gobierno, para lo cual contaba con los buenos oficios del embajador. La tienda, los criados y las mulas que traía, le pertenecían: sus ojos revelaban que, á haber podido, habríase traído igualmente sus mujeres; mas relativamente á este asunto, guardaba el más riguroso silencio. Las mujeres, á las cuales se refería al contar sus aventuras amorosas, eran europeas. El harem era para él una cosa sagrada. Arriesgué, con palabras cubiertas, una pregunta: miróme, sonrió púdicamente; pero no me contestó palabra.

Después de comer puse por obra un deseo que venía acariciando desde que salimos de Tánger: una excursión nocturna por el campamento.

Puedo asegurar que con ello me proporcioné una de las más gratas diversiones que tuve durante el viaje.

Aguardé á que cada mochuelo estuviese en su olivo, envolvíme en una capa blanca del comandante, y lancéme fuera de la tienda en busca de aventuras.

El cielo estaba completamente tachonado de brillantes estrellas: los faroles, excepción hecha del izado en el tope del asta bandera, habíanse extinguido: en el campamento reinaba el silencio más profundo.

Pasito á paso y evitando tropezarme con los amarres de las tiendas, torcí á la izquierda.

No había dado diez pasos cuando llegó á mis oídos un rumor inesperado. Me detuve: no cabía duda, era el melodioso son de una guitarra. Procedía de una tienda cerrada que no había visto hasta entonces, situada entre la del embajador y la nuestra, unos treinta pasos más allá del círculo del campamento. Acerquéme y presté atención... La guitarra acompañaba una voz suave y delicada que entonaba una canción árabe de indefinible melancolía. ¿Á quién pertenecía aquella tienda misteriosa? ¿Hallárase en ella una mujer? Dí una vuelta en derredor de ella, mas sin conseguir cosa alguna, pues estaba herméticamente cerrada. Tendíme en el suelo para escudriñar por debajo: al inclinarme hube de toser y el canto cesó instantáneamente, al paso que una voz delicada sonó muy cerca de mi oído, diciendo:

— ¿Quién es?

— Protéjame Alá, — dije para mí, — es una mujer.

Y luego levantando la voz añadí:

— Un curioso, — procurando comunicar á mi acento la inflexión más patética que pude...

Contestó á mis palabras una sonora carcajada, y una voz masculina dijo en español:

— ¡Bravo! se le invita á tomar una taza de te.

Era la voz de Mohamed Ducali. ¡Oh desencanto! Pero no tuve por qué arrepentirme. Abrióse una portezuela y me encontré en el interior de una tienda bellísima, revestida de una rica estofa sembrada de flores, adornada de ventanillas de arco de herradura, iluminada por una linterna morisca, perfumada con benjuí, digna en todos conceptos de hospedar á la más bella odalisca del Sultán. Al lado de Ducali, voluptuosamente echado sobre una alfombra de Rabat y con la cabeza apoyada en un soberbio cojín, hallábase sentado un

criado del mismo, arrogante mancebo de aspecto gentil y fantaseador, que tenía entre las manos una guitarra primorosamente labrada. Era él el que había cantado. En medio veíse una azafata con un hermoso servicio de te, y en uno de los lados un pebete del cual se escapaban azuladas nubes de perfumado humo. Expliquéle á Ducali de qué manera había llegado hasta su tienda; celebrólo, sirviómeme una taza, hizo que el criado tañera una cancioncilla, deseóme buen viaje y salí. Cerróse de nuevo la tienda y volvíme á encontrar en medio de la oscuridad del campamento. Dí la vuelta á otra en cuyo interior dormían los demás servidores de Ducali, y torcí hacia la del embajador.

Delante de la puerta dormía Selam, echado sobre su capa azul, con la gumía empuñada ¹.

— Si le despierto y no me conoce, — pensé, — me decapita. Seamos prudentes.

Acerquéme de puntillas é introduje la cabeza en el interior de la tienda. Ésta se hallaba dividida en dos partes, por medio de una riquísima cortina: la una servía de sala de recepción, y en ella se veía un velador con tapete, papel, tintero, y algunos sillones dorados: en la otra dormían el embajador y su amigo el ex ministro de España. Antojóseme dejar sobre la mesa una tarjeta que anunciara mi visita; pero desistí de mi intento al oír un gruñido sordo y amenazador. Era la señora Diana, la perra del embajador. Casi en el mismo punto la voz del amo preguntó:

— ¿Quién va?

— ¡Un asesino! — contesté.

— Hiera, — dijo, habiendo inmediatamente reconocido mi voz.

¹ Véase el grabado de la página 102.

Díle cuenta del motivo de mi visita, hízole gracia, y estrechándome la mano en la oscuridad, me deseó próspera fortuna.

Al salir me tropecé con un objeto que me alarmó: encendí un fósforo: era una tortuga. Miré en derredor y distinguí á dos pasos un sapo enorme que parecía que me estuviese mirando. Por un instante tuve el intento de renunciar á mi empresa; mas, quién dijo miedo, pensé, y la curiosidad pudo más que el temor.

Llegué en este punto á la morada del intendente. En tanto que me inclinaba para escuchar, alzóse entre la puerta y yo una figura alta y blanca que con acento sepulcral me dijo:

—Duerme.

Retrocedí cual si me hallara ante un fantasma; mas en seguida volví de mi estupor. Era un antiguo criado árabe de Morteo, que chapurraba el italiano y que, no obstante mi capa blanca, hábame conocido en cuanto me presenté. Como Selám, descansaba delante de la tienda de su señor con la gumía al lado. Díle las buenas noches y seguí mi camino.

En la tienda próxima se hospedaban el médico y Salomón el dragomán. Un olor á medicina, por demás pronunciado, lo revelaba á diez pasos de distancia; la luz ardía: dormía el dragomán, y el médico estaba leyendo junto al velador. Este médico, joven, docto, y de aspecto y maneras distinguidas, tenía una particularidad por demás curiosa. Nacido en Argel, de familia francesa, habiendo vivido muchos años en Italia y casándose con una señora española, no sólo hablaba cual si fuesen el suyo propio los tres idiomas, sino que su carácter participaba de los de dichos pueblos: las tres naciones le

inspiraban el amor de patria y era en resolución un latino uno y trino, que así se habría considerado en su casa en Roma, como en Madrid ó en París. Además de lo dicho hallábase dotado de un elevadísimo talento cómico, de manera que sin pronunciar una sola palabra, sin que nadie lo notara, con una mirada furtiva, con un ligerísimo fruncimiento de labios, ponía de manifiesto el lado ridículo de personas ó cosas, en términos de hacer desternillar de risa. En cuanto me vió, comprendió el motivo de mi presencia en aquel sitio y á aquella hora, ofrecióme un sorbo de licor y levantando la copa, dijo á media voz:

—Al feliz éxito de la expedición.

—Con la ayuda de Alá, — contesté, y dejéle entregado á sus lecturas.

Pasé delante de la tienda comedor: estaba desierta. Torcí á la izquierda, salí del círculo del campamento, pasé por entre dos largas filas de caballos adormecidos, y encontréme en medio de las tiendas de la escolta. Apliqué el oído y percibí la respiración de los soldados que dormían. Delante de aquéllas veíanse desparramados en desorden, espingardas, gumías, sillas, fajas, puñales, jaiques y el estandarte de Mahoma, como en un campo de batalla. Dirigí la mirada hacia el campo: no se veía cosa alguna. Apenas aparecían como dos manchas negras é informes los dos grupos de cabañas.

Volví atrás, pasé entre la tienda del cónsul de América y la de sus criados, ambas cerradas y silenciosas: atravesé el reducido espacio en que se hallaba establecida la cocina, y salvada una pequeña barricada de barriles, botellas, pucherros y cacerolas, llegué á la reducida tienda del cocinero.

Dormían en la misma los dos árabes que desempeñaban el oficio de marmitones.

Metí la cabeza dentro: estaba á oscuras. Llamé al cocinero por su nombre:

— ¡*Gioanin!*

El pobrecillo, afligido por el mal éxito de un frito, y temeroso tal vez por la vecindad de los dos «salvajes,» estaba despierto.

— *A l'è chiel?* (¿Es usted?) — preguntó.

— Soy yo.

Pasáronse unos instantes sin que dijera palabra, al cabo de los cuales volvióse en la cama del otro lado, exclamando:

— ¡Oh, qué país!

— Ánimo, — le dije; — considerad que dentro diez días os hallaréis ante los muros de la gran ciudad de Fez.

No sé qué contestó confusamente, pues sólo pude comprender la palabra *Moncalieri*, después de lo cual respeté su dolor, y seguí adelante.

En la tienda inmediata alojaban los dos marineros: Ranni, ordenanza del comandante, y Luis, el calafate del *Dora*, napolitano, muchacho despierto, activo, simpático, que en dos días se había conquistado el afecto de todos. Tenían encendida la luz y estaban comiendo. Aguzando el oído, pude coger al vuelo algunas palabras de su diálogo, que era por cierto interesante. Luis preguntaba á quién estaban destinados los bocetos al lápiz que trazaban los dibujantes en sus álbums.

— Para quién han de ser, — contestaba el otro, — para el rey. Esto es claro como la luz del sol.

— ¿Pero así, sin pintar?

— Hombre, no; en cuanto estén de vuelta á Italia, pondrán en ellos los colores correspondientes, y luego los enviarán á su destino.

— ¿Se los pagarán mucho, eh?

— ¡Figúrate! Lo menos, un escudo el pliego. Ya ves, un rey no ha de escatimar el precio.

Temiendo ser descubierto y que se me considerase sospechoso de espionaje, renuncié, á pesar mío, á seguir escuchando la continuación de la conferencia, y alejéme de puntillas.

Volví á salir del campamento, y durante algunos minutos

dí vueltas entre largas

hileras de mulos y ca-

ballos, reconociendo entre

aquéllos, no sin emoción,

mi blanca compañera de

viaje, absorta al parecer

en profundas meditacio-

ciones. Al cabo de un

rato encontréme delante

de la tienda de M. Vin-

cent, francés domiciliado

en Tánger; uno de esos

personajes misteriosos

que han dado la vuelta

al mundo entero, que

hablan todos los idiomas,

y que cocineros hoy, comerciantes

mañana, un día cazadores,

otro intérpretes, el de más allá

lectores y descubridores de inscripciones antiguas,

acomódanse á todos los oficios,

sirviendo, como suele decirse,

lo mismo para un barrido que para un fregado.

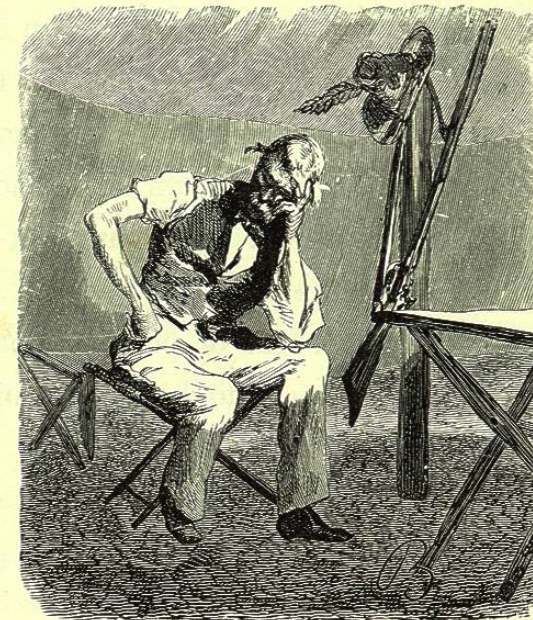
Agregóse con tienda

y caballo á la embajada italiana con el propósito de vender

al gobierno de Fez, como nuevos, los uniformes franceses

de desecho comprados en Argel. Espié al través de uno de

los respiraderos. Hallábase sentado en un taburete con aire



M. Vincent

meditabundo, y se alumbraba con una bujía á la cual servía de candelero una botella vacía. ¡Extraña figura! Su aspecto me trajo á la memoria los viejos alquimistas que se ven en algunos cuadros de la escuela holandesa, que en el fondo de sus laboratorios meditan, á la luz de las hornillas en que se hallan sus retortas. Alto, flaco, avellanado, parecía que cada una de las peripecias de su existencia tenía su representación en una de las arrugas de su rostro ó en uno de los ángulos de su cuerpo. ¡Quién sabe en lo que estaba pensando! ¡Quién sabe el revoltijo de recuerdos de viajes arriesgados, peligrosos encuentros, empresas atrevidas y extraños personajes que revolvía en su memoria! Acaso nada de esto le ocupaba, y pensaba únicamente en el precio que exigiría por un par de pantalones *turcos*, ó en lo menguado de su provisión de tabaco. En el preciso momento en que iba á dirigirle la palabra, mató la luz de un soplo, y como un mago, desapareció en la oscuridad.

Á pocos pasos de distancia hallábase la tienda del jefe de la escolta; junto á ésta la del primer oficial, y algo más lejos la del capitán de los jinetes de Had-el-Garbia.

Las dos últimas estaban cerradas, la primera abierta y vacía.

En tanto que miraba dentro, sentí detrás de mí pasos recatados, y en el instante en que iba á volver la cabeza, una mano robusta me cogió por uno de los brazos. Al volverme encontré con el rostro del general mulato.

Apenas me conoció retiró la mano soltando una carcajada y diciendo en tono de excusa:

—*Salamu alikum, salamu alikum.* (Andad en paz; andad en paz).

Hábame tomado por un ladrón.

Estrechéle la mano en señal de gratitud y seguí mi camino.

Pocos pasos había andado, cuando me pareció ver á cierta distancia de las tiendas un hombre envuelto en su capa, sentado en el suelo, con la espingarda en la mano. Presumí que sería un centinela. Miré en derredor, y en efecto, á cosa de unos cincuenta pasos, distinguí otro y luego otro: un verdadero cordón de centinelas colocado en derredor del campamento.

Supe luego que tan exquisita vigilancia no tiene por objeto poner aquél á cubierto de la acometida de una banda de forajidos, sino de los amigos de lo ajeno que abundan por demás en aquellos lugares, siendo águilas en el oficio, merced á lo mucho que lo practican, hurtando cuanto pueden á las tribus errantes.

Por fortuna mi resuelto continente no infundió la menor sospecha en centinela alguno, y pude terminar mi ya larga excursión.

Pasé al lado de Malek y Saladino, dos briosos caballos del embajador; tropecéme con alguna nueva tortuga, y me detuve delante de la tienda de la gente de á pie. Estaban echados sobre un poco de paja, sin cobertor alguno, todos revueltos y enmarañados; pero durmiendo con sueño tan profundo, que no se sentía el más pequeño rumor: parecían cadáveres amontonados. El muchacho de grandes ojos negros, por lo mismo que era el más joven, dormía con la mitad del cuerpo fuera de la tienda, de suerte que estuvo en un tris como no le puse el pie encima de la cabeza. Dióme lástima, quise prepararle una alegría para cuando despertase al amanecer, y coloqué cuidadosamente una moneda en la palma de la mano que tenía extendida sobre la hierba, cual si solicitara una limosna de los genios de la noche.

Un rumor de voces alegres que partía de una tienda

vecina, llamó mi atención hacia dicho punto. Acerquéme á aquélla. Ocupábanla los criados y los soldados de la embajada. Parecióme que estaban comiendo y bebiendo. Percibí el olor del kif. Reconocí las voces de Selam segundo, de Abd-el-Raman, de Alí, de Hamet, de Mammu, de Civo: era aquello una pequeña orgía árabe en toda regla. ¡Pobres muchachos! Bien merecido se tenían el humilde regodeo que se daban, después de un día entero de fatiga, corriendo á pie, á caballo, de aquí para allá, á las tiendas, á la mesa, contestando á todo, sirviendo á todo el mundo, y atendiendo á cien órdenes distintas, que se les comunicaban en cien idiomas diferentes. No quise, pues, turbar su alegría, y me alejé cautelosamente.

Hasta entonces todo había ido á pedir de boca; mas estaba escrito que no había de terminar la excursión sin un accidente desagradable.

No me había apartado veinte pasos de la tienda de los soldados, cuando me sentí cogido por dos manos vigorosas que me apretaban la garganta, al paso que una voz apagada profería á mi oído una amenaza terrible. Desembaracéme como mejor pude, y al volverme, encontréme...

Con el autor de la *Expulsión del duque de Atenas*, con mi buen amigo Ussi, que envuelto como un fantasma en su luenga *chilaba* blanca, traída de Egipto, había salido de su tienda hacía un rato, para dar, lo mismo que yo, un paseo nocturno, y como tomara dirección opuesta, habíame cogido por la espalda.

En aquel instante me hallaba delante de la tienda de los pintores, que terminaba el círculo del campamento: mi viaje, ronda, excursión, ó como quiera llamarse, quedaba terminada, y penetré de nuevo en mi casita de lienzo.



La escolta al través de la bruma

TLETA DE REISSANA

El día siguiente nos pusimos en camino antes de la salida del sol, con una niebla densísima que nos penetraba hasta la médula de los huesos, é impedía que nos distinguiéramos los unos á los otros. Los jinetes de la escolta llevaban puestos los capuchones y preparadas las espingardas: los demás nos envolvimos en las mantas y capotes, de suerte, que más bien que en el África parecía que nos encontráramos en una de las llanuras de los Países Bajos, al amanecer de uno de los días de otoño. En pos de mí sólo distinguía el turbante blanco y la capa azul del cadí: los demás semejaban sombras confusas que se perdían en la agrisada atmósfera. El sueño por un lado y por otro lo desapacible del tiempo; influían en que guardáramos silencio.